temprano un atributo del martirio (que las cruces que se encuentran trazadas en ellas lo hayan sido en tiempo de las persecuciones ó después, poco importa). Esto no significaba que todos los Santos á los cuales se concedía este honor hubiesen sufrido el suplicio de la cruz, sino únicamente que todos, cualquiera que hubiera sido su género de muerte, padecieron por el amor de la cruz y del Crucificado. Así, los monumentos antiguos representan á San Lorenzo (Bottari, tav. CXCVIII, n. 1.— Ciampini. *Vet. mon.*, I, tav. LXVI, fig. 2), y á otros mártires también, llevando una cruz aunque hubieran muerto en otro suplicio. Esto es lo que expresan claramente los siguientes versos de San Paulino (Ep. XXXII. *Ad Sever.*, 7):

Sic ubi crux, et martyr ibi: qua martyr, ibi et crux,
Martyrii sanctis, quæ pia caussa fuit.

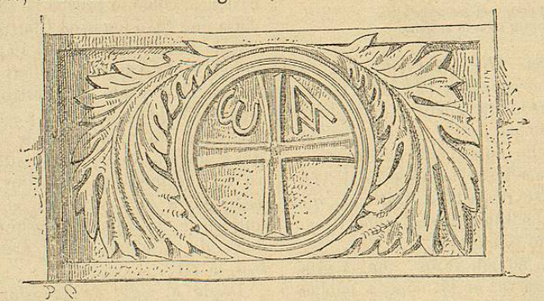
(Véase el grabado en el articulo *San Lorenzo.*)

La cruz es uno de los principales atributos de San Pedro, especialmente en los sarcófagos (Foggini. *De Roman. itin D. Petri*, pág. 478), pero probablemente en un sentido más estrecho que para los otros mártires, puesto que murió, como su maestro, en la cruz.

Los primeros cristianos querían tener imágenes de la cruz por todas partes:

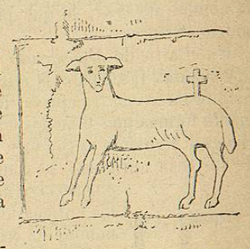
.....Stylo
Non destiterunt pingere formam crucis.
(Prudent. *Perist.* hymn. X, vers. 626.)

Rufino (*Hist. eccl.*, l. II, c. 29) dice que los habitantes de Alejandría, en vez de las imágenes de Serapis que habían destruído, pintaban el signo de la cruz en las puertas, las ventanas, las paredes y las columnas de sus casas. Juliano el Apóstata, habiendo censurado esta práctica como un acto de idolatría á San Cirilo de Alejandría, éste le explicó su verdadero sentido (*Contr. Julian.*, l. VI, pag. 196, edit. Lips.). M. Melchor de Vogué ha comprobado, hace poco, el mismo hecho en un gran número de ciudades y aldeas que se extienden en un espacio de treinta á cuarenta leguas entre Antioquía, Alepo y Apamea. Estas ciudades, que probablemente fueron abandonadas todas á la vez en la época de la invasión musulmana, llevan consigo el sello de la primitiva civilización cristiana. El sabio arqueólogo ha encontrado allí, por todas partes, la cruz y el monograma (véase de Vogué, *Syrie centrale. Architecture civile et religieuse du premier au septième siècle.* —Passim.).



Estas cruces ofrecen las formas más elegantes. He aquí una (pl. 42) que está adornada con el A y la ω y el disco que la contiene está rodeado por dos hojas de acanto.

Un bajo relieve esculpido en la fachada de una casa habitada en Deir Sambil (de Vogué, *op. laud.*, pl. 48, n. 3) ofrece especialísimo interés. Se ve allí el cordero de Dios, cuya atribución esta determinada de una manera indudable, por una cruz soldada á su espinazo. No conocemos nada análogo en ninguna otra parte, y es también el único ejemplo de este género que se encuentra en la bella obra de M. el Conde de Vogué sobre la Siria central.



Este signo sagrado se colocaba, como señal de protección, en los navíos (véase Gretzer. *De cruce.*, c. XXIV). Esto es lo que sabemos especialmente por San Paulino (*Carm. in redit. nautæ*), quién, en una composición poética que dirige á Nicetas, obispo de los Dacios, en el momento en que salía de Italia para su país, le desea una feliz navegación bajo los auspicios de la cruz:

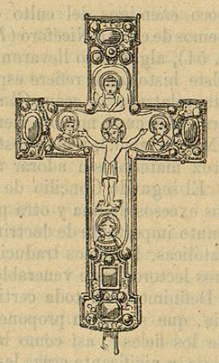
Et rate armata TITULO salutis
Victor antenna CRUCIS ibis undis
Tutus et austris.

La cruz figuraba, con frecuencia, en objetos domésticos, como, por ejemplo, en los pesos (Gruter., 222), en los vasos, muebles y vestidos (véase Boldetti, pág. 353).

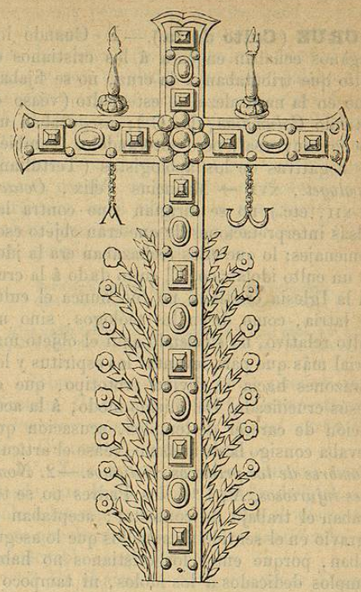
III. *Cruces estacionales.* Se llamaban así, en la antigüedad, las cruces que se llevaban en las procesiones dirigidas hacia la iglesia donde tenía lugar en determinados días la celebración de los santos misterios, y que se llamaba *estación* (Tertull., l. II. *Ad uxor.*). En Roma, el diácono ú otro clérigo que la llevaba delante de la procesión, se llamaba *draconarius*, como en los ejércitos el soldado que llevaba las banderas militares, que ordinariamente tenían la figura de un dragón. Cuando Constantino sustituyó este dragón por el signo augusto de la visión milagrosa, el abanderado no cambió de nombre, y es probable que el *draconarius* eclesiástico llevara en un principio, no una

cruz propiamente dicha, sino el *labarum* constantiniano, que había tomado un carácter cristiano en totalidad (véanse los artículos *Draconarius* y *Staurophori*). Todavía hoy, lo que se llama en Italia *gonfalon* se asemeja enteramente al *labarum* tal como se ve en las medallas de los primeros emperadores cristianos (véase una pieza de este género en el artículo *Serpiente*).

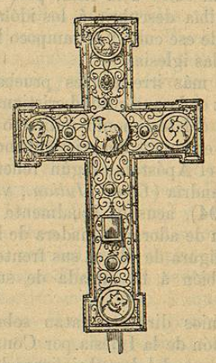
La insignias se convirtieron bien pronto en verdaderas cruces, fijadas al extremo de un asta, cruces gemadas, en un principio, y adornadas de flores, como la primera de las dos que están pintadas en el bautisterio de Ponciano (Bottari, tav. XLIV), y que damos aquí como modelo: el travesaño estaba ordinariamente provisto de dos hachas encendidas (ibíd.), circunstancia mencionada por Sócrates (*Hist. eccl.*, VI, 8), y debajo de este mismo travesaño estaban atadas dos cadenitas que sostenían, una el A, la otra la ω (Bottari, ibíd.). Poco después fueron decoradas estas cruces con una gran magnificencia, como la que pasa por ser obra de San Agnelo, obispo de Rávena (Ciampini, *Vet. mon.*, II, tav. XIV), y que, probablemente, es posterior: se compone de veinte medallones que llevan los bustos de otros tantos personajes con aureola, que se cree son la serie de los obispos de esta ciudad hasta la época en que se fabricó dicha cruz. Lo mismo sucedió en Oriente. En el coro de una muy antigua iglesia bizantina, en el monte Ossa, en la antigua Magnesia, existe todavía una cruz esculpida, de un trabajo curiosísimo, pero que no parece anterior al siglo VIII. M. Mézières, que la ha visto y descrito, dice que están representadas en ella diversas escenas de la Pasión.



Por último, reciben la imagen del Salvador crucificado (Ciampini, ibíd., XI, XII, XIII) y diversas escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento cinceladas ó pintadas. Tal es también la famosa cruz de Velletri, ilustrada por el cardenal Esteban Borgia y que damos á continuación. Algunas veces las cruces estacionales estaban adornadas con medallones de metal representando en bajos relieves diversos asuntos sagrados. Estos medallones se llamaban *mancusa* (véase Du-Cange, *ad h.* voc.); Buonarruoti publica uno muy curioso (*Vetri.*, tav. I, n. 1), en cuyo centro está el Buen Pastor, y á su alrededor Adán y Eva, Noé en el arca, Jonás en sus tres principales situaciones, Daniel en la fosa con los leones, el sacrificio



de Abraham, Sansón llevándose las puertas de Gaza y Moisés rompiendo la roca.



No nos ocuparemos aquí de las numerosas y variadas formas que sucesivamente se han dado á la cruz. Esto corresponde á la Edad Media. Algunas, sin embargo, se mencionan en la parte del artículo *Numismática* concerniente á la moneda bizantina.

Es una opinión vulgar el que la cruz griega se diferencia de la latina en que la primera tiene sus dos partes iguales, es decir, que el travesaño está colocado exactamente en medio del asta, mientras que la segunda es más alta que ancha. Esta opinión no tiene ningún fundamento en los monumentos de las dos naciones, donde las dos formas se presentan indistintamente. Los monumentos antiguos subsistentes todavía, nos autorizan á deducir que la cruz llamada latina no fué excluída nunca de la construcción de las iglesias griegas. Agreguemos que en las *Constituciones apostólicas* (lib. II,

cap. 57), donde se encuentra determinada la forma de las iglesias, se prescribe la forma prolongada, *ædes sit oblonga*.

CRUZ (Culto de la).—I. Cuando los paganos echaban en cara á los cristianos el culto que tributaban á la cruz, no se fijaban sino en la naturaleza de este culto (véase el artículo *Calumnias*, H. C.); aseguraban un hecho muy real, pero alterándolo. También las negativas de los apologistas (Tertulian., *Apologet.*, XVI. — Minucius Félix, *Octav.*, IX-XII, etc.) no se dirigían sino contra las falsas interpretaciones de que eran objeto esos homenajes; lo que ellos rechazaban era la idea de un culto idolátrico. El culto dado á la cruz en la Iglesia cristiana no fué nunca el culto de latría, como dicen los teólogos, sino un culto relativo, no sirviendo aquí el objeto material más que para levantar los espíritus y los corazones hacia el divino prototipo, que es Jesús crucificado. Del mismo modo, á la acusación de carecer de templos, acusación que llevaba consigo la de ateísmo (véase el artículo *Nombres de los primeros cristianos*.—2. *Nombres injuriosos*, A, 1.°), los Padres no se tomaban el trabajo de contestar: aceptaban el agravio en el sentido de aquellos que lo aseguraban, porque entre los cristianos no había templos dedicados á los ídolos, ni tampoco á los sacrificios sangrientos practicados entre los Judíos y paganos. Poseían, sin embargo, iglesias y tributaban culto á la cruz; pero la prudencia les prohibía descubrir á los idólatras la naturaleza de ese culto, ni tampoco la existencia de aquellas iglesias.

Las primeras y más irrecusables pruebas del culto de la cruz en la antigüedad cristiana, nos vienen, pues, del testimonio indirecto é involuntario de los enemigos del cristianismo. Más tarde Juliano el Apóstata, según refiere San Cirilo de Alejandría (*Contr. Julian.*, VI, *Opp.*, t. VI, pág. 194), acusaba igualmente á los fieles del crimen de adorar la madera de la cruz, de trazar la figura de ella en sus frentes y de pintarla también á la entrada de sus casas.

II. Los testimonios directos datan sobre todo de la pacificación de la Iglesia por Constantino, y especialmente del descubrimiento del sagrado madero de la verdadera cruz por Santa Elena. El culto de la cruz tomó desde entonces tal incremento, que los fieles trazaban por todas partes este signo augusto, hasta tal punto, que bien pronto se hizo necesario dar leyes para prohibir que se la representara en sitios y en posiciones poco convenientes. Así, una ley de Teodosio y de Valentiniano III (*Cod. Justin.*, l. I, tít. 7) prohibió, bajo las penas más severas, pintar, esculpir ó grabar la cruz sobre el pavimento de los templos. Esta ley fué inspirada por los sentimientos de piedad de Santa Elena, la cual, despues del descubrimiento del título de la cruz, tomó todas las precauciones imaginables para no pisar con los pies la tierra donde se suponía que estaba enterrado el instrumento de nuestra salvación (Ambros. *De obitu Theodos. sen.*), *metuebat calcare sacramentum salutis*. El Concilio *in Trullo*, celebrado en 691, renovó esta ley (can. LXXII): *Crucis figuras, quæ a nonnullis in solo ac pavimento fiunt, omnino deleri jubemus, ne incedentium conculcatione victoriæ nobis tropæum injuria afficiatur. Eos itaque qui deinceps crucis signum in solo construunt, segregari decernimus*, «las figuras de la cruz, que algunos trazan en el suelo ó sobre el enlosado piso, disponemos en absoluto que sean borradas por temor á que los pies de los que pasan profanen el trofeo de nuestra victoria. Aquellos, pues, que en lo sucesivo se permitieran representar el signo de la cruz sobre el suelo, decretamos que deben ser separados (excomulgados).»

Una cosa digna de observación es que los iconoclastas, que con tanto ardor se levantaron contra el culto de las imágenes en general, hicieron, no obstante, una excepción en favor de la cruz. La vemos, en efecto, brillar en las monedas de los emperadores contagiados de este error, por ejemplo, en las de León el Isaurio, de Constantino IV Copronimo, León IV, Nicéforo, Miguel II Balbo, y de Teófilo (véase Banduri. *Numism. imp.*, t. II, pág. 702 y sigg.). Los iconoclastas, si se exceptúa á Claudio de Turín y los Paulicianos, entregados á los errores del maniqueismo, fueron tan poco enemigos del culto de la cruz, que si hemos de creer á Nicéforo (*Eccl. hist.*, liv. XVIII, c. 54), algunos lo llevaron hasta la idolatría. Este historiador refiere especialmente que los stauróla tras, ó sean *Chazingarii*, secta de armenios cuyo nombre viene de *chazus*, cruz (Niceph., ibíd.), tenían costumbre de adorar la cruz material sin adorar á Dios crucificado.

El segundo Concilio de Nicea, al reprimir los excesos de una y otra parte, fijó sobre este punto importante de doctrina la fe y la práctica católicas. Debemos traducir aquí, para nuestros lectores, este venerable decreto (Act. VII): «Definimos, en toda certidumbre y diligencia, que se deben proponer (á la veneración de los fieles), así como la figura de la preciosa y vivificante cruz, las venerables y santas imágenes, ya se figuren por colores, ya en mosaicos ó de otras maneras, de un modo conveniente en las santas iglesias de Dios, en los vasos y en las vestiduras sagradas, en los muros y en los cuadros, en las casas y en los caminos; estas imágenes son: la del divino Salvador y maestro Jesucristo; la de nuestra santa é inmaculada Señora, madre de Dios; las de los santos ángeles, de todos los Santos y de los hombres venerables. Además, en efecto, como se presentan frecuentemente á nuestra vista por medio de imágenes sensibles, al contemplarlas nosotros estamos obligados, por la

vivacidad del recuerdo y de los ejemplos de aquellos que nos han precedido en la vida á besar piadosamente esas imágenes y á tributarles una adoración de honor, *honorarium adorationem*. Pero no debemos rendirles nunca el verdadero culto de latría, el cual, como lo enseña la fe, sólo corresponde á la naturaleza divina..... El honor dado á la imagen se considera como prototipo, *ad primitivum transit;* y el que adora la imagen, adora la persona de aquel que se representa. De este modo subsiste en toda su fuerza la doctrina de nuestros santos Padres, es decir, la tradición de la santa Iglesia católica, que de uno al otro extremo de la tierra ha recibido el Evangelio.» Este decreto fué adoptado y renovado por el octavo Concilio general celebrado en 869 (can. III, act. 10).

III. Conveniente sería reunir los diversos hilos de las tradiciones que recuerda el Concilio de Nicea, y presentar á los ojos del lector los testimonios de sus principales órganos; pero esto sería un trabajo infinito.

Para rendir sus homenajes al signo augusto de la redención, los primeros cristianos no esperaron nunca á que se descubriese el madero sagrado del Calvario. Mucho antes de Santa Elena se complacían en hacer representaciones de la cruz para estimular su piedad, imágenes disimuladas en un principio bajo diversas formas de monogramas, después sin velos, cruces gemadas, cruces floridas, etc. (véase el artículo precedente y el artículo *Monograma de Cristo*). Ejemplos de esta veneración nos facilitan también, respecto de los tiempos de persecución, las actas de los mártires, especialmente las de San Teodoto y las siete vírgenes. En el teatro mismo de su martirio se les apareció una cruz hacia el Oriente, cruz magnífica, rodeada toda de luminosos rayos; «en esta aparición, la alegría vino á mezclarse con el temor, y doblando las rodillas, adoraron en la dirección en que la cruz se presentaba», *genibus flexis, adoraverunt versus locum unde crux apparebat*.

En los tiempos posteriores las pruebas son cada vez más numerosas. En su homilía, *quod Christus sit Deus*, asegura San Crisóstomo que en su tiempo se adoraba la imagen de la cruz en todas partes y que se empleaba por los fieles como adorno, como remedio y como señal de protección: «Los reyes, dice, al despojarse de sus diademas, toman la cruz, símbolo de la muerte del Salvador. Sobre la púrpura, la cruz; en las oraciones, la cruz; en las armas, la cruz; en la mesa sagrada, la cruz; en todo el universo, la cruz: la cruz brilla más que el sol.» San Asterio, obispo de Amasea, al hacer el elogio de Santa Eufemia, enseña formalmente que la adoración de la cruz estaba prescrita á los cristianos por una ley: «La venerable virgen está sentada sola, cubierta de vestidos obscuros, con las manos extendidas al cielo, invocando al Dios que nos socorre en nuestros males. Mientras que ora, aparece sobre su cabeza un signo, que por una prescripción legal, adoran y trazan los cristianos en sus personas», *signum quod ex præscripto legis christiani adorant, et inscribunt sibi*. Los homenajes tributados á la cruz en el siglo V son revelados por estas palabras de Teodoreto (*Serm.* VI *contr. Græc. versus finem*): «Los Griegos y los Romanos y los Bárbaros confiesan la divinidad del Crucificado y veneran el signo de la cruz.» Cosas semejantes se leen en cien pasajes de las obras de Sedulio, y en particular en el libro V de sus poesías. (*De salutif. crucis quadripartita positione*). Véanse, por ejemplo, estos dos versos:

Neve quis ignoret speciem crucis esse colendam,
Quæ Dominum portavit ovans ratione potenti.

«Que nadie ignore que la imagen de la cruz debe ser adorada,—la cual llevó el Señor, victorioso con tan preciosa carga.»

(Sobre el culto de la cruz pueden verse Gretzer, *De cruce*, y Venuti, *De inventione et cultu veræ crucis D. N. J. C., ad calcem dissert.* DE CRUCE CORTONENSI.)

IV. Este fervor religioso aumentó mucho desde que hubo posibilidad de dirigirlo, no sólo á las representaciones, sino al mismo madero que había sido regado y santificado con la adorable sangre de Cristo.

1.° En el artículo *Peregrinaciones* daremos algunos detalles de la solicitud de los fieles de todas las comarcas del universo por visitar los santos lugares y venerar las augustas reliquias en ellos conservadas. Recordemos aquí el ejemplo de Santa Elena y de Santa Paula, las cuales, según el testimonio de San Ambrosio y de San Jerónimo, fueron las primeras en adorar el sagrado madero de la cruz. El santo Obispo de Milán, después de haber contado los detalles de la invención de este leño sagrado (*Orat. de obitu Theodos. sen.*), agrega estas palabras: «Elena encontró, pues, el título (de la cruz) y adoró al Rey, no á la madera, lo cual es el error de los gentiles y de la vanidad de los impíos; adoró á aquel que fué suspendido en este madero, cuyo nombre estaba escrito en el título, á aquel, repito, que gritó como el escarabajo, para remediar los pecados de sus perseguidores: *Invenit ergo titulum* (*Helena*), *Regem adoravit, non lignum utique: quia hic gentilis est error, et vanitas impiorum; sed adoravit illum qui pependit in ligno, scriptus in titulo, illum, inquam, qui sicut scarabeus clamavit, ut persecutoribus suis peccata donaret.*»

En su epístola á Eustoquio (*Epist.* CVIII, part. II, t. *Opp.*, pág. 697. Venet., 1766), describe San Jerónimo la peregrinación que hizo á los santos lugares Paula, madre de esta virgen, insistiendo de una manera muy especial sobre la adoración que ella tributó á la cruz en donde se llevó á cabo nuestra redención, así como á las demás reliquias de la Pasión del Salvador: «Ella recorrió todos estos